

EL ORGANISTA

DE PONIKLA

ILUSTRACIONES
DE DON EMILIO
TALTAVULL *



EL ORGANISTA DE PONIKLA

DABA gusto andar sobre la nieve ligeramente helada que crugía bajo los piés. Klen, dotado de largas piernas, apretaba el paso camino de Zagrabia á Ponikla. Y lo apretaba porque todo parecía augurar fuerte helada, y el pobre Klen vestía corta y vieja levita, estrecha piel al rededor del cuello, negro pantalón de burdo paño y zapatos cansados de remiendos. En la mano llevaba un óboe, en la cabeza un sombrero de anchas alas, en el

estómago unas copitas de arack, y el corazón henchido de alegría: sus razones tenía para estar contento.

Aquella mañana había firmado con el párroco Krajewski una contrata, según la cual quedaba nombrado organista de Ponikla. Él, que hasta entonces vagó errante como gitano de venta en venta, y asistió á casamientos, ferias y romerías para ganar unos míseros realejos, alegrando á los otros con las notas del óboe ó del órgano,—instrumento en que dejaba muy atrás á los más renombrados organistas de la comarca,—al fin iba á establecerse, á vivir en Ponikla, á gozar una vida tranquila en hogar propio. Tendría su casita, su jardín, ciento cincuenta rublos anuales, algunas entradas extraordinarias, el prestigio de un semi-elesiástico, y trabajaría á mayor gloria de Dios; ¿no debía estar contento? Hasta entonces al más toscó campesino le bastaba tener un palmo de tierra en el peor rincón de Zagrabia ó Ponikla para mirar á Klen con aire de superioridad, no exento de lástima ó desprecio. Pero desde hoy le respetarían, y al verle pasar le saludarían atentamente. ¡Organista y de parroquia tan importante!

Klen hacía tiempo que la anhelaba esta plaza, pero mientras viviese el anciano Mielwiki era inútil esperarla. Los dedos del buen viejo se entumecían, tocaba mal, pero no

había en lo humano fuerza capaz de lograr que el párroco le destituyera: hacía más de veinte años que vivían juntos.

Pero cuando la Calva,—así se llamaba la vaca del párroco,—le hubo dado una cabezada en el pecho, efecto de la cual murió á los tres días, Klen no titubeó en ofrecerse para ocupar la vacante, y el párroco no dudó en aceptar el ofrecimiento, porque ni en la ciudad encontrara mejor organista.

¿Por qué sentía Klen tan grande afición al óboe, al órgano y en general á la música? Difícil sería averiguarlo. No la heredó de su padre, un buen hombre descendiente de Zagrabia, que durante su juventud fué soldado, pero nó músico de regimiento; que cuando viejo hacía cuerdas de cáñamo, y que nunca tocó otro instrumento que una pipa, que pinvariablemente colgaba bajo sus gruesos bigotes.

Klen cuando niño huía de su casa paterna buscando oír música; cuando muchacho, todos los domingos iba á Ponikla, y se encargaba del fuelle del órgano que tocaba Mielwiki, quien viéndole disposiciones tan excelentes, resolvió darle lecciones. A los tres años Klen tocaba mejor que su maestro.

Un día pasaron por Zagrabia unos músicos vagabundos, y el niño huyó con ellos. Permaneció algunos años agregado á la banda, vagando sabe Dios por donde, y tocando,

según las circunstancias, en ferias, casamientos ó iglesias.

Cuando sus compañeros ó murieron ó se marcharon cada cual por su lado, Klen regresó á Zagrabia, sin otro capital que el óboe que llevaba colgado á la espalda, y más flaco que perro de hortelano. En el pueblo vivió como las aves, saltando de rama en rama, y tocando hoy para sus prójimos, mañana para su Dios.

A pesar de que el recuerdo de los años que vivió fuera del pueblo le perjudicaba, logró hacerse popular. Los hombres de Zagrabia y Ponikla decían:

—Klen siempre será Klen, pero cuando toca sabe agradar á Dios y conmovér á los hombres.

Otros le preguntaban:

—¡Jesús, hombre! ¿qué tienes? ¿por qué estás triste?

Y el rostro de aquel hombre flaco y de largas piernas, siempre respiraba tristeza.

Viviendo Mielwiki le suplía en las grandes solemnidades, y sentado en el órgano, el entusiasmo le hacía latir el corazón y su alma volaba lejos del mundo, á las regiones de lo ideal.

Llegaba la Elevación, y cuando los fieles, dobladas las rodillas, oraban con intenso fervor; cuando nubes de incienso llenaban las espaciosas naves, y en todos los pechos

vibraba un himno de adoración, entonces Klen se abismaba, se extasiaba gustando los purísimos placeres del arte. Las notas graves de las campanas, las festivas de la campanilla, el perfume de la mirra, del ámbar y de olorosas hierbas, el resplandor de innumerables cirios, el brillo del cáliz de oro, todo conmovía á los fieles, les hacía sentir algo que no es de este mundo, los elevaba... y dijérase que el templo tenía alas, y deseaba de un vuelo subirse á la gloria.

El párroco, al bendecir á los fieles trazando en el aire una cruz con la custodia, tenía los ojos entreabiertos, cual si gustara las delicias del éxtasis, y Klen, sentado en el coro, también las gustaba. Le parecía que el órgano tocaba solo, que las notas fluían de los caños de plomo cual empujadas por hirviente oleaje, y se extendían cual desbordado río, ó saltaban como los torrentes en invierno, ó manaban como las fuentes, ó caían pausadas, tranquilas, como caen las gotas de rocío: creía ver que, amenazadoras como rugido de tempestad, ó dulces como las vibraciones de voz hermosa, llenaban la iglesia y subían hasta la gótica bóveda, confundidas con el humo del incienso, los brillantes rayos del sol y las almas de los fieles.

Acabada la Misa, Klen bajaba del coro, sudoriento, jadeante, y afirmaba y creía que

se había cansado. En la sacristía el párroco le daba algunas monedas, y en voz baja, temiendo despertar envidias, le dirigía palabras de sincero elogio; y Klen salía y se paseaba entre los hombres del pueblo, reunidos en la plaza, quienes al verle pasar le saludaban, pues aún cuando vivía en Zagrabia y en casa de pupilaje, todos le querían y admiraban.

Klen se paseaba por la plaza de la iglesia no para oír: «Mira, ves, este que pasa es Klen, el organista,» sino para ver á la que más le gustaba entre todos los habitantes de Zagrabia y Ponikla, á Olka, la hija de un ladrillero de Zagrabia. La imagen de aquella niña se le había introducido en el corazón, como el gusanillo en la corola de la flor, porque tenía unos ojos azules como un pedazo de cielo, la cara fina y hermosa, y los labios encarnados como en Junio las cecezas.

Hasta Klen comprendía, en los cortos momentos en que consideraba las cosas con los ojos de la razón, que el ladrillero no le daría la mano de su hija, y que sería mejor renunciar á sus sueños, pero sentíase incapaz, falto de fuerzas. «Ni con tenazas, decía, arranco esa imagen de mi corazón.» Y por ella dejó las antiguas correrías, por ella vivía, y cuando se sentaba en el órgano se esforzaba en tocar mejor porque ella le oía.

Y ella si empezó amándole porque tocaba tan bien, acabó amándole por sí, nó por sus méritos, porque Klen le gustaba más que los otros jóvenes, á pesar de su extraña figura, de ser tan moreno, de su mirada vaga, de la corta levita, de la estrecha piel, de las piernas delgadas y largas como de cigüeña.

Pero el ladrillero, aún cuando pasaba la mayor parte del año con los bolsillos vacíos, no quería á Klen por yerno. «Mi hija es joven y guapa, ¿por qué la he de regalar á Klen?» Cuando éste le visitaba le echaba la puerta por las narices ó le recibía con voces desapacibles.

Al morir el viejo Mielwiki, el cambio fué radical. Klen, apenas firmada la contrata con el párroco, corrió á anunciárselo al ladrillero, y éste le dijo:

—No acepto ni renuncio; pero un organista no es un vagabundo.

Le invitó á entrar y á sentarse, le ofreció una copita de arack y le trató con afecto cariñoso, no exento de familiaridad.

Al breve rato llegó Olka, y la alegró mucho saber que Klen era casi rico, que tendría casa propia y jardín, y sería, después del párroco, la primera personalidad de Ponikla.

Klen permaneció en su compañía del mediodía al anochecer, alegrándose no poco á él y á Olka tan larga visita. Anochecía cuando emprendió el regreso á Ponikla,

avanzando sobre la nieve helada que crugía bajo sus piés.

El frío aumentaba, pero Klen no lo sentía, se limitaba á apretar el paso. Andando, andando recordaba aquella tarde tan feliz, y se acordaba de Olka y no se acordaba del frío. ¡Si en el decurso de su vida nunca había sido tan dichoso! ¡Por el camino desierto y sin árboles, cruzando llanuras cubiertas de nieve que la luz crepuscular teñía de rosicler á veces, y á veces de azul, avanzaba tranquilo, llevando por única linterna la alegría que le inundaba el corazón!

Recordaba hora por hora aquel día que acababa, y recordaba la conversación con el párroco, la firma del contrato, y palabra por palabra cuanto le dijeron Olka y el ladrillero.

Habían quedado unos minutos solos, y Olka le dijo: «¡Para mí era igual! Yo, Antonio, sin el empleo te amaba y sin el empleo te hubiera acompañado al otro lado del mar; pero ya que ha venido me alegro, porque se alegra mi padre.» Él al oírla, creyó enloquecer de alegría, y cogiéndole una mano exclamó: «¡Olka, que Dios te bendiga por los siglos de los siglos! ¡Amén!»

Al recordarlo casi se ruborizaba de haberle cogido la mano y de las pocas palabras que le dijo: «¡Qué muchacha tan buena!» Y seguía andando por el camino desierto pisando la nieve helada.

«Tú eres el mejor de cuantos tesoros soñara, pensaba Klen, y pues la fortuna me sonríe, serás rica y feliz.» Y apresuraba el paso, y bajo sus piés la nieve crugía con mayor fuerza. «Eres sincera.» Y el agradecimiento le conmovía, y le desesperaba no haberle dicho cuánto la amaba. Pero «¿qué hacer? ¡en aquel momento perdí la memoria, y la lengua se me pegó al paladar! ¡es más fácil tocar el órgano!»

Las nubes que brillaban teñidas de púrpura por los últimos rayos del sol, perdieron la intensidad deslumbradora; quedaron anchas fajas cuyo brillo se apagaba, luego las nubes negruzcas, festoneadas de oro pálido, después la nacarada luz del crepúsculo vespertino, y nacieron las estrellas, destacando con vigorosa nitidez su contorno sobre el azul del cielo. Helaba, y el futuro organista de Ponikla tiritaba de frío. Conocía bien la comarca, y resolvió avanzar en línea recta á través de los campos, pues deseaba llegar pronto á su casa.

Momentos después la alta y negra silueta de Klen se destacaba cómicamente sobre aquellas llanuras nevadas. El frío le entumecía las manos, y para reaccionarlas ocurriósele tocar el óboe. Las notas vibraron en la calma de la noche y de la soledad, dulces, intermitentes, y se extendieron al parecer temerosas sobre las tristes llanuras nevadas.

El contraste era mayor, porque Klen tocaba aires alegres, los mismos que en la casa del ladrillero tocara y cantara, después de apurar unas copitas; y recordaba que Olka le acompañó con su voz tan sonora y que á él le gustaba tanto. Las recordaba y quería repetir las aquellas canciones, y entonó la primera de las cantadas por Olka:

«Borrad, Señor, los montes y los valles.—
Que la tierra sea una llanura inmensa.—
Volvedme, Señor, á mi esposo.—Volvédmele
cuando nazca el día.»

Esta canción no gustaba al ladrillero. Le pareció muy sencilla, y les pidió que cantasen la del Castillo. Entonces cantaron la siguiente, que Olka aprendió en Zagrabia:

«Don Luis salió de caza,—dejando á su
hija Elena, hermosa como las flores:—regresa
D. Luis: las músicas le saludan,—tocan
trompetas, y Elena duerme!»

¡Esta sí que le gustaba al ladrillero! Cantaron otras muchas, y la que más les divirtió fué la del *Cántaro verde*. Canción que acaba con las alegres carcajadas de la niña, que primero llora y se lamenta porque su señor le ha roto el cántaro verde:

«¡Mi señor ha roto mi cántaro verde!»

Y el señor procura consolarla.

«¡Calla, hija mía, no llores! te compraré
otro cántaro verde.»

Olka las alargaba cuanto podía aquellas

palabras «mi cántaro verde,» y acababa soltando alegre carcajada. Klen entonces separaba los labios del óboe y le contestaba con voz que procuraba hacer grave, para representar el papel del señor:

«¡Calla, hija mía, no llores... no llores!»

Rodeado de las sombras de la noche, las recordaba aquellas horas felices, y sólo para saborearla tocaba y volvía á tocar la canción del *Cántaro verde*, y reía cuanto le permitían sus labios ocupados en soplar el óboe. El frío era intenso; al contacto del instrumento se le helaban los labios y se le entumecían los dedos al tocar la lengüeta: suspendió la canción y siguió andando, jadeante y cubierta la cara de la escarcha que al helarse formaba su aliento.

Tiempo hacía que andaba cuando le rindió el cansancio, pues no se le ocurrió que en los campos hay más nieve que en los caminos, y en ella se le hundían los piés.

El terreno era desigual, y la nieve cubría hoyos y barrancos poco profundos, de manera que á veces Klen avanzaba un paso y se hundía hasta la rodilla. Klen se arrepentía de haber dejado el camino, donde quizás diera con una carreta que le llevase á Ponikla.

El brillar de las estrellas era cada vez más intenso, la helada más fuerte, y Klen agotaba las fuerzas. Se levantó el viento, y era tan

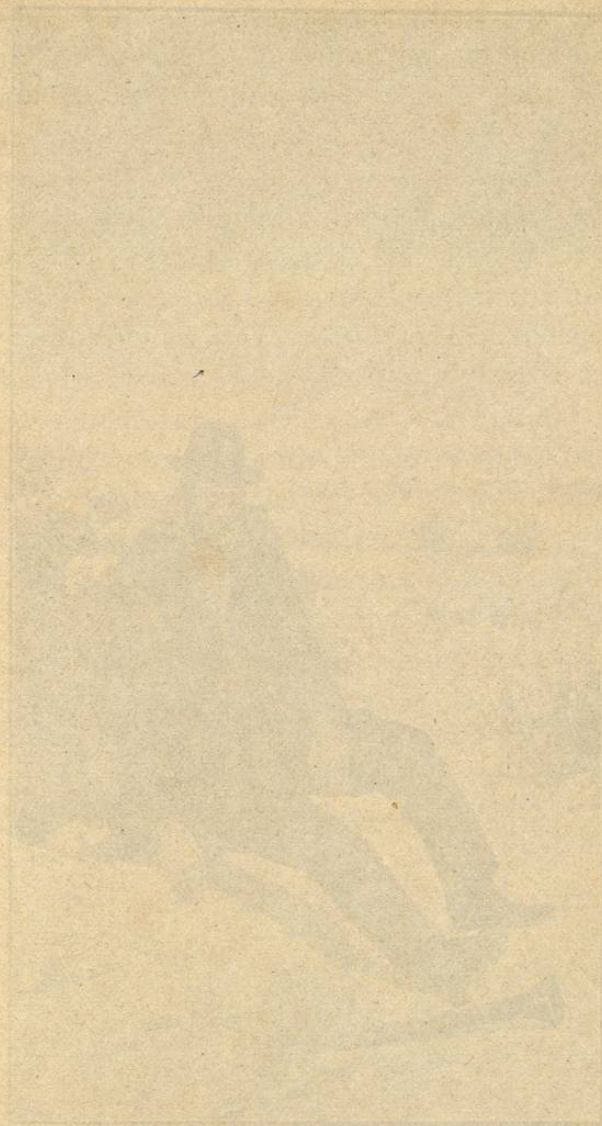
frío que Klen tiritaba. Probó de volver á tocar, pero sus labios no pudieron resistir la fría impresión que le causó el instrumento.

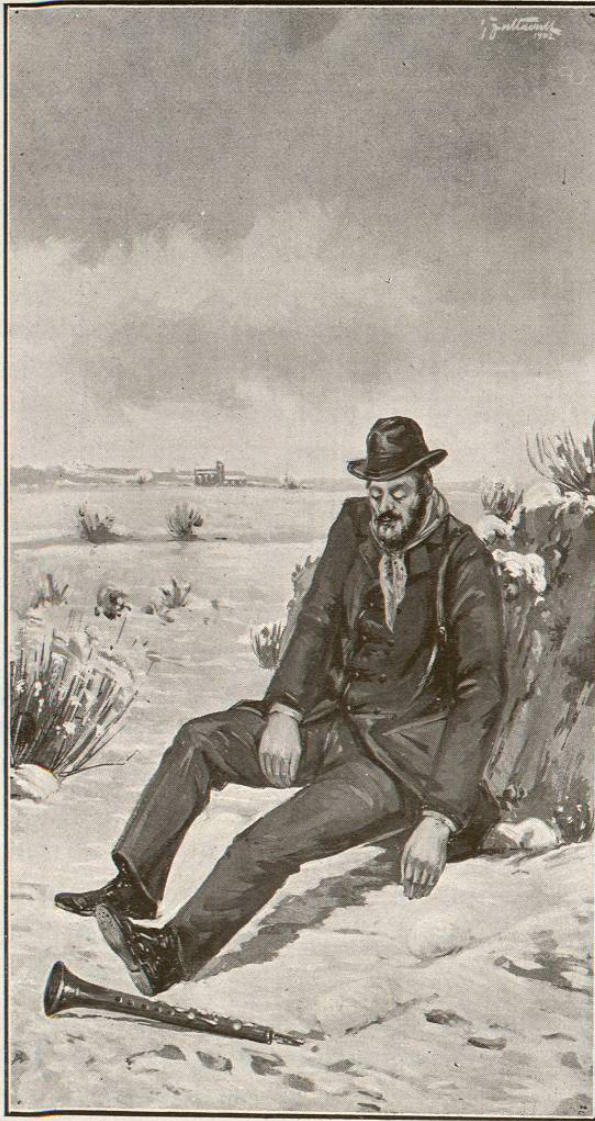
La tristeza de la soledad le anonadaba. A su rededor se extendían los campos helados, desiertos, tristemente silenciosos. En Ponikla le esperaba un aposento confortable, y prefería pensar en Zagrabia. «Olka estará descansando. A Dios gracias, en su cuarto no hace frío.» Y Klen gozaba pensando que Olka tenía luz y calor, dones tan envidiables para él, que estaba rodeado de tinieblas y tiritaba de frío.

Avanzando penosamente cruzó los campos labrados, y llegó á las tierras yermas, cuya monotonía interrumpen enebros amarillentos de vegetación moribunda. La fatiga le rendía, y anhelaba encontrar arbustos no cubiertos de nieve donde poder sentarse y descansar. Pero se decía: «Quedaré helado;» y avanzaba unos pasos más. Al pie de hierbas y enebros la nieve se arremolina en gran cantidad. Klen al ver tanta nieve seguía andando, hasta que agotadas sus fuerzas se dijo:

—He de sentarme. Si estoy despierto no me helaré, y para no dormirme seguiré tocando el *Cántaro verde*.

Sentóse y empezó á tocar: una melodía fugitiva y alegre resonó por las llanuras nevadas, interrumpiendo la calma de la noche;





El óboe cayó de sus manos heladas

pero los ojos de Klen se cerraban; en vano luchaba contra el sueño; las notas de su canción *Mi cántaro verde* eran cada vez más débiles, más tristes... Hasta que la música cesó.

Klen seguía luchando: estaba entumecido, pero no dormía; pensaba en Olka y en la soledad que le rodeaba; sentía extraño miedo y profunda tristeza; parecía que todos le abandonaban.

Y murmuraba: «Olka, ¿dónde estás?»

Calló unos momentos, luego se agitó, hizo un esfuerzo para hablar y con voz imperceptible repitió: «¡Olka!»

El óboe cayó de sus manos heladas.

Al nacer el día, los primeros rayos de luz iluminaron un hombre sentado é inmóvil, á sus piés un óboe; estiradas las piernas, caídos los brazos y su cara amarillenta, sin vida, parecía repetir la última nota de la popular canción del *Cántaro verde*.

